

R. 19414

7

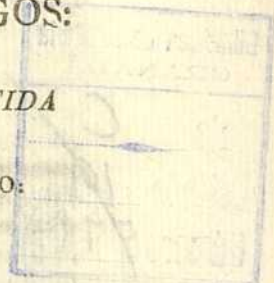
LA DESCONFIANZA PROCURADA POR LOS ENEMIGOS:

FOMENTADA POR LA ENVIDIA, Y ADMITIDA

POR EL ERROR DE UN JUICIO ARREBATADO:

SOBRE

EL PRINCIPIO Y PROGRESOS DE LA ADMIRABLE independencia y libertad de España.



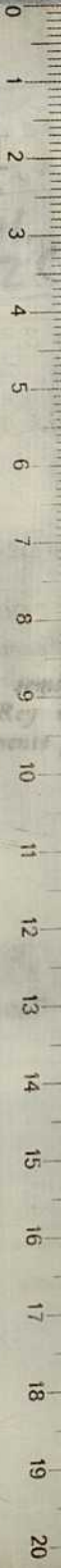
GRANADA.

EN LA IMPRENTA DE EJERCITO

Storcut 24 SETI 91

Biblioteca de la Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas
 C
 19
 (A) 75 (7)

Epor ende el pueblo, no debe obrar en su favor de Re-
 sojanza, por consiguiente
 L. 8. tit. 3. part.



2 400 40

Stafa

Siempre será tan memorable la grandeza de nuestra empresa, como la estension de nuestra constancia. Ni el enorme peso, que ya nos agobiaba fue bastante para contener los primeros impulsos de nuestra libertad, ni la repetición de los infortunios ha podido separarnos de nuestro intento. Estaría ya nuestra península evacuada enteramente de sus enemigos, y sería nuestra suerte envidiable á las demas naciones, si hubiéramos refrenado el ardor de nuestro espíritu, y la vehemencia de nuestros deseos. Estos se fixaron desde el primer momento en los extremos de la felicidad, que rara vez suele disfrutarse con la paz en los estados mas bien dirigidos por los hombres. Creíamos, que un solo movimiento, y el breve espacio de muy pocos dias serian suficientes, para reglar con toda exactitud la máquina tan viciada de nuestra monarquía. Quisimos ver en un instante á la justicia sin la mas leve mancha, quando ya la desconocíamos por las muchas llagas que la afeaban y que repentinamente apareciesen en el colmo de su esplendor la fortaleza, y las demas virtudes, que se hallaban muy distantes de nosotros. Nos embriagamos en los espacios mas lisongeros de nuestra fantasia, y por desgracia no advertimos la distancia tan inmensa, ni el crecido numero de estorpos, que debian retardar nuestros conatos. Toda dilacion fue insoportable á la viveza de nuestro entusiasmo: nuestros enemigos se aprovecharon de nuestra ilusion, y sembraron entre nosotros la pestilencial cizaña de la desconfianza, que nuestra propia emulacion abrigó sin advertencia. Este ha sido el origen mas fecundo de los males que padecemos, y el escollo mas temible, y mas desconocido, en el qual todavia podemos estrellarnos, si no suspen-

BIBLIOTECA HOSPITAL CAL
GRANADA

LA DE...
1901

PROGRADA...
002 (7)

LIBRERIA...
GRANADA
C
19
57 (7)

COMUNDA POR LA...
FOR EL EXOR DE UN...
OGARADA...

SORRE

EL TRINDIO Y PROGRES DE LA AD...
mura...
Epor ende el pueblo, é semejante de esto, non debe
obrar en los fechos del Rey rebatosamente, nin con an-
sojanza, mas asesegadamente, é conseso, é con razon.
L. 8. tit. 13. part. 2.^a



GRANADA

En la...
(...)

Siempre será tan memorable la grandeza de nuestra empresa, como la estension de nuestra constancia. Ni el enorme peso, que ya nos agobiaba fue bastante para contener los primeros impulsos de nuestra libertad, ni la repetición de los infortunios ha podido separarnos de nuestro intento. Estaría ya nuestra península evacuada enteramente de sus enemigos, y sería nuestra suerte envidiable á las demas naciones, si hubiéramos refrenado el ardor de nuestro espíritu, y la vehemencia de nuestros deseos. Estos se fixaron desde el primer momento en los estremos de la felicidad, que rara vez suele disfrutarse con la paz en los estados mas bien dirigidos por los hombres. Creíamos, que un solo movimiento, y el breve espacio de muy pocos dias serian suficientes, para reglar con toda exactitud la máquina tan viciada de nuestra monarquía. Quisimos ver en un instante á la justicia sin la mas leve mancha, quando ya la desconocíamos por las muchas llagas que la afeaban y que repentinamente apareciesen en el colmo de su esplendor la fortaleza, y las demas virtudes, que se hallaban muy distantes de nosotros. Nos embriagamos en los espacios mas lisongeros de nuestra fantasia, y por desgracia no advertimos la distancia tan inmensa, ni el crecido numero de estorpos, que debian retardar nuestros conatos. Toda dilacion fue insoportable á la viveza de nuestro entusiasmo: nuestros enemigos se aprovecharon de nuestra ilusion, y sembraron entre nosotros la pestilencial cizaña de la desconfianza, que nuestra propia emulacion abrigó sin advertencia. Este ha sido el origen mas fecundo de los males que padecemos, y el escollo mas temible, y mas desconocido, en el qual todavía podemos estrellarnos, si no suspen-

demostramos algun tanto la carrera violenta de nuestras pasiones, y aplicamos nuestra atencion, y nuestra vista á descubrirlo.

No es comparable nuestra guerra con las que le han precedido de algunos siglos á esta parte. Es muy diferente de todas ellas por su interesante objeto, por su localidad en lo interior del reyno, por el gran poder del enemigo, por el libertinage de sus tropas, y por el estado de la nacion para resolverla, y para continuarla. No fué nuestro intento el engrandecer á un soberano; ni el satisfacer el capricho ni las quejas privadas de un príncipe orgulloso: no fue tampoco el del vengarse del quebrantamiento de alguna alianza, ó de algún tratado de comercio: fué sí el de conservar la Religión, y mantener la dignidad del nombre español, de defender su independenciam, y soberanía, y vivir con la libertad, con el honor, y con los bienes, que la naturaleza, y la justicia distribuyeron á los habitantes de nuestro envidiado suelo.

No principiaron, ni continuan las hostilidades en sus extremos, ni fuera de su recinto: no es una provincia sola la que ha sufrido, y padece sus extragos: empezaron estos en lo mas interior, y mas respetable de su centro, y corrieron despues con rapidéz por todas ellas: no hay alguna que no se haya teñido con la sangre de sus naturales. El mal se hizo universal: los pueblos casi destruidos por los incendios, por los robos, y por los consumos incalculables de los enemigos, mantienen con tison la guerra, ya que no pueden alejarla de sus distritos. Ella cubre toda la península, y no permite al gobierno la reünion de sus fuerzas, ni los arvitrios de otros tiempos para salvarla.

No resistimos el poderío de un rey, ni de un emperador, que arregla sus pasiones al derecho comun, respetado de las gentes. Peleamos con un déspota, con un tirano, que no profesa religion: que no se acomoda á otra ley, ni á otros principios que á los vehementes impulsos de su desmedida ambicion: que mezclando con su fuerza la del mas inicuo dolo, ha forxado su infernal, y peculiar política; que con ella ha usurpado muchos reynos, y provincias: ha adquirido la alian-

za de otros emperadores, y ha reunido á su disposicion, y baxo de sus órdenes el gran poder, y los extraordinarios recursos de tan vastos y dilatados territorios.

Los soldados, que inundan nuestra patria, no son de una misma creencia, ni de unas mismas costumbres: no se sugetan á una disciplina conforme con las reglas de la justicia, ni con las máximas que dicta la humanidad. Los exércitos enemigos son reuniones de hombres de diversos climas, que extrahidos violentamente de sus países sirven, como esclavos, al que les domina: que obran con el despecho frenético de su desesperacion: que ceban su cólera, y satisfacen su resentimiento con los insultos, con los robos, y con la sangre de los que no pueden resistirles, y que son mandados por gefes de igual despotismo que su señor: los quales para complacer á este, y para enriquecerse ellos, no solo disimulan, sino es que promueven los excesos de las tropas; y para doblar la fuerza de estas, derraman por todas partes el terror con los decretos de su inhumanidad.

No era ya España, como en otros tiempos, nacion temible ni poderosa: solamente le quedaba el vano, y esteril nombre de reino, y de potencia independiente, quando despertó del fatal letargo, en que habia perdido su antiguo esplendor, y sus regladas fuerzas. Los enemigos se hallaban ya por fraude en lo mas interior de la Peninsula, ocupaban sus mejores fortalezas, y poseian francamente todas sus entradas. Para desenvolverse de los lazos, que la oprimian, necesitaba mas que nunca la acertada direccion de alguno de aquellos Reyes sabios, y guerreros de su antigüedad; y se miraba huérfana del que habia jurado, y alimentaba sus esperanzas. Se hallaba entregada á un gobierno presidido por sus enemigos, debil en su raiz, y corrompido hasta el último extremo de sus relaciones. Carecia de consejo, de exércitos, de armas, y de toda prevencion, que pudiera darle el menor aliento; y sin embargo levantamos la voz los españoles, y con aquella magestuosa armonía, y heroismo, que en otros siglos adornó á nuestros mayores, declaramos la actual guerra, al mismo tiempo que buscamos quien nos dirigiera en nuestras provincias; resolucion heroica pero todavia mas

admirable, y mas agigantada en la constancia de la execucion, que en el arrojó de la empresa!

Ninguno de los reyes, ni de los grandes emperadores ha resistido hasta agora la fuerza del enemigo de la Europa. Todos han cedido repentinamente á sus impulsos como cede la fortaleza de los metales al fuego, y á la velocidad del rayo. Los españoles no hemos podido todavía rechazar completamente las repetidas é impetuosas furias de aquel tirano; pero sí hemos desmentido ya á la faz de todo el mundo el imaginario, y pomposo atributo de la omnipotencia, con que sacrilegamente se lisongeaba. Cinco años llevamos ya de gloriosa lucha en medio de nuestros hogares. La firmeza y la tenacidad de tan dura y prolongada resistencia ha empeñado mas y mas á aquel en su deliberacion de subyugarlos; sin embargo de que los continuos refuerzos, á que le ha obligado aquella, han debilitado demasiado su escario; y del que sus nuevas conscripciones no han podido reemplazar las tropas que ha perdido hasta en muchas centenas de millares. Estas no han hecho todavía la verdadera conquista de provincia alguna: han saltado sí de unas en otras, sin haber adquirido opinion ni estabilidad en ellas: divagan, y tiranizan sin posesion; porque donde quiera que pisan ó se acercan, hallan la misma oposicion, que en los lugares de donde se desvian; y en todas partes arde vivamente el fuego de nuestra guerra, renovado con los movimientos, que se dirigen á sofocarlo.

A la proporcion del orgulloso capricho de los enemigos ha crecido tambien nuestra interminable constancia: sufrimos con serenidad los baibenes, las contorciones, y las heridas, á veces muy dolorosas, que producen la suerte y la desigualdad de fuerzas en los combates; pero nos reanimamos, y vigorizamos de nuevo con las que al mismo tiempo causamos á aquellos; y no reparamos en la minoracion de nuestras filas, ni en la reduccion de nuestros recursos, sin descubrir los apuros, y la flaqueza de los contrarios. Así conservamos todavía aquel espíritu, y aquella noble esperanza con que nos arrojamus á la empresa, sin que la repeticion de los contratiempos nos haya inclinado hacia la mas ligera idea

de sumision ni de cobardía; dirigimos cuidadosamente nuestras miras á el estado actual de los enemigos, y comparándolo con el de la nacion, por apurado que lo hallemos, no nos desviamos del propósito de exterminarlos. ¡ Firmeza sin igual propia del genio de los Españoles!

Las demas potencias la admiran, y aun no se atreven á creerla. ¡ Tanta es la grandeza de nuestras obras! Nosotros únicamente somos los que desconocemos su importancia, y los que degradamos el verdadero mérito de sus autores. El ardor de nuestro entusiasmo, y el vivísimo deseo de la venganza de nuestros agravios nos representan los dias de la dilacion, como largos, y perezosos años, y cada qual de estos como un siglo de duracion eterna. Quisiéramos ver en un instante el término feliz de nuestros conatos, y que á la par de nuestra imaginacion corrieran momentaneamente las victorias á lo menos hasta salvar los Pirineos. Sentimos la lentitud, y nos fatigamos del arreglado, y militar compás, con que deben moverse los ejércitos. Nuestra misma eficacia nos produce un general rezelo de tibieza, y nos hace mas dura y mas larga la contienda: nuestras heroicas ideas exceden los límites de la posibilidad, y no hallamos sistemas, que las facilite. No hay medidas, que llenen los dilatados espacios de nuestra gloriosa fantasía, ni que nos pongan á cubierto de la reciproca desconfianza de nosotros mismos. Hé aquí el mas peligroso flanco de nuestra grande empresa.

Los enemigos lo descubrieron desde el principio de la guerra, y bien persuadidos de sus ventajas, aplicaron toda su sagacidad á extenderlo, y á ocuparlo. Ellos mismos son los que disimuladamente han acalorado nuestra imaginacion é irritado nuestra impaciencia: ellos han fingido y á veces publicado su necesidad de extraer de la península gran parte de sus tropas, para conducir las á otros países, en que aparentaban serles mas interesantes: ellos han divulgado en unas provincias derrotas imaginarias de sus divisiones, en otras ellos han figurado á los imbeciles la inferioridad de sus fuerzas y el disgusto general de sus soldados: ellos nos han ponderado el número, y el poderío de nuestros ejércitos: ellos han difamado á nuestro gobierno, y á nuestros

generales y han procurado aparentar correspondencias con nuestras primeras autoridades: ellos han derramado las voces de traicion contra el estado, y contra la patria: y ellos al fin se han valido de quantos medios son imaginables, para persuadir injustas, ó inadecuadas las disposiciones de nuestra soberanía, y culpables las resultas adversas de las batallas.

Para dividirnos y flanquearnos se han valido nuestros enemigos de la eficacia de nuestro desao, y del ardor de nuestro entusiasmo. Debemos desengañarnos ya, y conocer ahora, que aquellos son los que han procurado y puesto con astucia en lugar de aquel rezelo prudente, que regla las operaciones, y que previene sus resultas, una desconfianza bastarda hija de sus ficciones, que unida á nuestro heróico, y ardoroso espíritu, produjera la fatal generacion de la discordia, y con ella el tropel irresistible de nuestras desgracias. Es maravilloso que un ardid tan eficaz, y tan desfigurado no haya producido hasta ahora nuestra absoluta division, y nuestra total ruina; pero sin embargo él nos ha causado muchos y muy graves males. El ha sido origen de la murmuracion contra el gobierno: por él se han sindicado siempre, y culpan en la actualidad las operaciones de muchos militares: por él se quejan estos de la resistencia de los paisanos al servicio, y á la prestacion de los auxilios que necesitan; y por él tanto los unos como los otros motejan sus respectivas operaciones, y reciprocamente cercenan el mérito de las mas recomendables, con detrimento de la causa comun, y de la patria.

Y daremos todavia lugar á que prevalezcan, y á que se perfeccionen con el tiempo los designios de nuestros enemigos? ¿Descuidarémolos mas la curacion de las llagas causadas por su astucia y mortificadas por nuestra envidia, para que lleguen al término de la uniyersal gangrena? ¿No abriremos los ojos á la verdad que nos ofrecé la experiencia, para separar de nuestro noble espíritu la vil desconfianza que le unió el engaño? Tendamos ligeramente la vista sobre nuestros sucesos, y solo el por mayor de ellos despejará nuestra fantasia de los errores, que la irritaron, y que la fatigan. Recuer-

dese únicamente la calidad, y la duracion de nuestra guerra, y se descubrirá al momento la imposibilidad de su existencia sin gobierno, sin exércitos, y sin paisanos decididos igualmente á sostenerla. La justa y debida correspondencia de estos tres resortes ha sido tan precisa en todas las epocas de aquella, que la falta de uno solo hubiera sido bastante para inutilizar los otros y para franquear á los enemigos la ocupacion de toda la Península.

En qualquier tiempo que hubiera faltado la fidelidad ó la sabiduria en el gobierno para la direccion de los negocios políticos y militares, que en los exércitos se hubieran abrigado el fraude la impericia y la cobardia, ó que en los paisanos se hubiera atrinchera-do la mesquindad, y el egoismo, se habria acabado sin otra dilacion la guerra, seamos dóciles y prudentes: no cerremos voluntariamente los ojos á la luz de la razon, y confesaremos con franqueza, que la larga duracion de nuestra guerra es el mejor, y el mas claro convencimiento de la instruccion, y de la rectitud de nuestro gobierno, de la fidelidad, y del valor de nuestras tropas, y de la firmeza, y generosidad de nuestros paisanos.

Discurramos sin pasion: no atendamos solo á los contratiempos, que han lastimado nuestro buen deseo: veamos el conjunto de los sucesos de nuestra revolucion y hallaremos sobrados motivos para aquella confesion, y para detestar nuestras sindicaciones, y nuestras desconfianzas. Reflexionemos primero sobre el gobierno, haciendo alguna pausa en el que establecimos en los momentos mas arriesgados de nuestra crisis; porque en él tomaron origen, y de él se dirivó la legitimidad de los posteriores: y contra él se dirigieron tambien los primeros impulsos, con que nuestros enemigos procuraron ponernos en la confusion de la anarquía.

Quebrada por todos sus eslabones la cadena del mando intruso, que principiaba en el Regente Murat, y se extendia hasta los Alcaldes pedaneos y Regidores de las Aldeas, fue preciso enlazar al momento en su lugar otras autoridades que tomasen su origen del Rey cap-tivo que proclamamos. Para ello fue tambien preciso es-

establecer quien representase, y exerciése su soberanía, y unir con esta un nuevo, y distinto eslabonado de potestades subalternas, que obedeciesen sus órdenes y que las hicieran respetables en todas partes. A este intento formaron los pueblos sus respectivas Juntas de gobierno compuestas de las personas que nombraron; trasladando en ellas el mando acostumbrado en su distrito, y colocando el independiente, y supremo de la Magestad en las de las capitales de los reynos, y provincias; sin embargo de su pluralidad: porque hasta entonces no habian tenido las unas dependencia de las otras; y no era conveniente, ni la angustia del tiempo permitia detenerse á tratar de preferencias, dejandonos en el abandono de la anarquía.

Omitido justamente el arriesgado exámen del gobierno, que pudiera sernos mas ventajoso, por mas análogo á la Monarquía, ó por mas adecuado á las circunstancias de aquel tiempo, aceptaron, ó sea que se apropiaron todas y cada una de las Juntas supremas provinciales el exercicio de la soberanía en nombre del Rey; y principiaron á desempeñar sus funciones con entera y general satisfaccion de sus pueblos, haciendo completar las subalternas que faltaban en algunos de estos. La uniforme sumision de todas ellas á la soberana de su provincia: la pronta, y respetuosa obediencia de todas las corporaciones y habitantes de sus respectivos distritos: el reconocimiento virtual de los gefes extrangeros, que á la sazón nos auxiliaron: y la reciproca, y armoniosa correspondencia de las unas con las otras, confesándose su independencia, formó el trono de su soberanía, y selló, y canónizó para siempre la legitimidad de sus establecimientos.

Esta clase de gobierno adoptado repentinamente y casi en un dia por todas las provincias, fue el único norte de su dirección, y el asilo de toda su confianza contra el furor, y contra la peligrosa tempestad que les amenazaba. Los prelados de la Sta. Iglesia, los ministros del Rey, sus mas altos tribunales, los gefes militares, los magistrados, y todos los jueces y corporaciones del reyno tenian ya doblada su cerviz al yugo extran-gero: todos sentian y todos horaban á sus señas la frau-

dulenta usurpacion de la monarquia; pero todos, todos callaban: y poseidos de aquel temor, que era coniguiente á la reflexion de las terribles fuerzas, que nos oprimian, y que pudieran aniquilarnos, disimulaban sus sentimientos, y obedecian con toda resignacion las insinuaciones de Napoleon y los decretos de Murat. Los españoles de vida privada; los que carecian de toda relacion activa en el gobierno: los mas acostumbrados á la humillacion, y al sufrimiento: los menospreciados, como déviles, y como ignorantes, prescindiéron de reflexiones: cerraron las entradas al miedo: quebraron los lazos de su sujecion: y resolvieron de su propia autoridad hacer frente al poderio de los enemigos.

Ellos se autorizaron sobre los poderosos, y sobre los sabios. Descubrieron al momento la masa debil, que ocultaban con sus títulos, y con sus adornos: los miraron como estatuas inútiles de lodo: dieron una ojeada sobre los derechos debidos á la nacion: resituyeron desde luego á los pueblos el de la soberania de que se hallaban despojados: y no hubo en ellos quien se resistiera á la imperiosa voz de la Magestad que recobraron. Esta fue un trueno espantoso que atemorizó, y un uracan violento, que arrolló quantos bultos halló sobre la tierra. Su ruido acobardó hasta los enemigos, y dejó yertos á los que no se habian atrevido á contradecir á estos. Sucesos portentosos, superiores á la sabiduría, y á los conocimientos de los hombres! Todos proclamamos entonces por nuestro Rey al Sr. D. Fernando VII. y todos reconocimos el ejercicio de su autoridad, y de su soberania en la reunion de las personas nombradas para desempeñarla. Así puede, y debe decirse, que las Juntas supremas de las provincias fueron formadas por aquel mismo espíritu, que desconocido á los que se reputaban sabios, y prudentes, ilustró, y fortaleció á los mas pequeños para resistir la tirania: para jurar á su Rey legitimo, y para plantear y establecer loscimientos del grande edificio de nuestra libertad, y de la Regencia, y de la Monarquia universal del Reyno.

El principal conato de nuestros enemigos fué debilitar el nuevo gobierno que les resistia, y fatigaba,

No pudiendo hacerlo con las armas, se valieron de la astucia, y figuraron ilegitimidad en su nombramiento; atribuyéndolo al desorden de una rebelion, y á la ceguedad criminosa de un tumulto. Bien se persuadieron aquellos del gran temple que recibirian estos falsos, y débiles resortes en la fragua de la envidia de muchos españoles; y que podrian ser suficientes por sí solos, para trastornar los felices, y arreglados movimientos de nuestra revolucion. Con efecto vimos recibida, y vigorizada entre nosotros la falsa opinion de los Franceses: oímos vilipendiar con las negras imposturas de delinquentes estragados, ebrios, y despreciables en la sociedad á los que se reunieron, y vocearon por nuestra independenciam, y por los sagrados derechos de nuestra nacion. Oyamos decir tambien que en el cenáguero de sus vicios; y en las tinieblas de su ignorancia se abandonó el orden, y las formalidades, prevenidas por nuestras leyes y se resolvió el advituario, y mal discurrido depósito, ó mas bien usurpacion de la soberanía: que desviada esta de las clases graduadas del estado, y de los sabios, era consiguiente el orgullo, y el desacierto de los que principiaron á mandarnos: y que: Quantos razonamientos se hicieron en aquellos dias para destruir los fundamentos de nuestra independenciam! Que hubiera sido de nuestra causa, si todos huvieramos cedido á ellos! Milagrosamente permanecemos en nuestra primera resoluciam!

Deslumbrados con el fuego de nuestro espíritu no diferenciabamos de españoles: creiamos que todos se hallaban animados de un mismo zelo, y que aplicaban sus talentos al mejor éxito de nuestra empresa; Ceguedad que todavia padecemos! Los que se levantaron de entre el polvo, y de la obscuridad en que yaciam menospreciados: los que gritaron contra la tiranía: los que enarbolaron el estandarte de nuestra libertad, y los que inmediatamente se reunieron á él, y continuaron á su lado, para defender aquella, son ciertamente los primogenitos, y los únicos hijos legítimos de nuestra patria en su regeneracion y nueva y actual existencia; sin embargo de que los enemigos, por venganza, y algunos de sus conciudadanos, por envidia, se hayan empeña-

do en villipendiarlos, y en menospreciar su relevante mérito.

Hubo desde el principio, y continúan de presente entre nosotros otras dos clases de españoles, hijos bastardos de la Nación: los unos puramente naturales, que disfrazados, quisieron preservar su existencia de los peligros de nuestra causa, para obtener despues su legitimacion del que venciera; y para alegar entonces contra los legítimos la antigüedad de su origen ó de su destino, como justo motivo de preferencia: y los otros espureos, y de *dañado ayuntamiento* con nuestros enemigos; cuyo partido abrazaron desde luego con la mayor vileza, para adelantar su fortuna con nuestra desgracia, y para elevar las torres de su ambicion con los despojos de nuestra ruina. Aquellos y estos fueron delincuentes de mas ó menos gravedad, que con el único objeto de su interes, los unos desde el primer dia, y los otros desde el descubrimiento de nuestra Aurora en los campos de Bailen y de otros sucesos posteriores, conspiraron contra nosotros, mientras que aplicabamos generosamente toda nuestra atencion á la mejor defensa de nuestra patria.

Los espureos unidos con los franceses nos llamaron insurgentes, y rebeldes; y aparentando compasion de nuestra suerte, procuraron persuadirnos á el abandono de nuestra justa causa, como único medio de excusar la muerte, que de otro modo nos sería irremisible. Los naturales, luego que divisaron desde sus hogares la felicidad de nuestros primeros pasos, se dexaron ver en las concurrencias de que antes cobardemente huyeron; y sin desnudarse del traje interior de su punible indiferencia, se adornaron con el exterior de españoles nacidos en nuestro suelo: envidiaron la predileccion y el patrimonio del honor que habian grangeado los legítimos: y mezclados ya con estos se arrojaron atrevidamente á disputarles sus prerrogativas y á fomentar la discordia procurada por nuestros enemigos. Los que prostituyeron su autoridad, y la emplearon en obsequio de estos, y todos los que no se avergonzaron de tributarles su humillacion, y su vasallage hasta que descubrieron nuestra fuerza con el retroceso de aquellos,



fingieron un verdadero aunque reservado, y oculto patriotismo: alegaron la antigüedad, mas bien odiosa que recomendable de sus reputaciones y de sus destinos; y para recobrar sus mal desempeñados, y aun mal adquiridos encargos, y para desfrutar tambien entre nosotros los incienso los caudales y los sueldos, que no se atrevieron á exponer en la época mas arriesgada de nuestra revolucion, injuriaron la generacion, y la nueva familia de nuestra patria, y la arguyeron incapaz de las funciones públicas, como criminal, y como monstruosa. Este fué el principio mas cierto, y la razon mas segura de quantos discursos se esparcieron entre nosotros contra nosotros mismos.

Dormiamos por los menos, sino estavamos enteramente aletargados, quando se vilipendiaron nuestros hechos, para dar mejor lugar á los de los delincuentes y para inutilizar los sufragios de los que establecieron nuestro primer gobierno. Dormiamos, precisa repetir, quando toleramos aquellas injurias. No eramos tan estúpidos, que dexásemos de conocer que la heroicidad ennobleció siempre á sus autores: que el mérito de las acciones no es debido á la cuna, ni á la colocacion, sino al talento, y al esfuerzo de los que las executan: que los españoles, que gritaron, y los que se les reunieron (qualquiera que fuese su ocupacion, y su nacimiento) fueron los que redimieron á la patria de su esclavitud, exponiendose por ella á la muerte, y á la mayor vileza: y que jamas podrian compararse sus acciones con las de aquellos que huyendo de la tempestad, se escondieron, y ocultaron; ni con las de los otros que por su interes ó por su miedo obedecieron, y aun lisongearon á los franceses. Sin embargo nunca podra decirse que nuestra tolerancia, y nuestro silencio confirmó de algun modo las referidas imposturas; porque siempre quedó aprobada, y será incuestionable la capacidad, y el poderío de los que depositaron, y reconocieron la soberanía de la nacion en los gobiernos provinciales.

El origen de estos fue el que ya queda indicado. No le precedieron otras formalidades ni otro aparato, que el terrible y horroso estruendo de las grandes combusiones, con que se estremeció la nacion por to-

das partes, para desprehender e de los lazos que la oprimian. No hubo anuncios ni cañales de convocacion: no hubo concurrencia de pueblos subalternos á sus capitales, ni de estas á las de sus provincias: no hubo tribunales que exáminasen la legitimidad de los poderes, con que se presentaban los vocales: no hubo presidente que reglase el órden, ni que evitase la confusion: no hubo por último quien escribiese los respectivos sufragios de los concurrentes para comparar los entresí, y deducir por su número, la voluntad mas general de aquellas asambleas. Todo fue repentino, y todo se redujo á una sola voz; pero tan clara, y tan penetrante que no hubo quien dexase de oirla ni entenderla: tan fuerte que hizo temblar, y enmudecer á los que no li-songeaba: y tan eficaz, que no dió lugar á disputas ni interpretaciones; y que el mismo instante de oirla fue en todos el principio de obedecerla.

No se observò (es verdad) el órden meditado por los sabios, y establecido comunmente por las leyes, para los acuerdos, y elecciones populares. La justicia de las reglas prevenidas en la materia es incuestionable: la utilidad de su observancia es generalmente confesada, y nosotros deberemos comprobala con el acierto conseguido en las que despues de aquellas hemos celebrado, para el aegusto congreso de las Cortes, para los ayuntamientos de los pueblos, y para las diputaciones provinciales. Pero los principios comunes deducidos de la mas profunda sabiduría de los hombres, y los reglamentos mas bien limados, y mas conformes á la razon, no son adecuados, ni aplicables á los casos, que rara vez, ó nunca sucedieron. Los mismos sabios, y las mismas leyes dexaron siempre eceptuados los extraordinarios y repentosos; porque sus particulates y desconocidas circunstancias carecen de sugesion á límites determinados; y del modo que se presentan y no de otro, debe buscarse la justicia en cada uno de ellos.

Nadie podrá dudar de la respetable rareza de nuestra insurreccion, imprevista y descuidada hasta de la perspicacia de nuestros enemigos. Nadie juzgará acomodable á la violencia, ni á la velocidad de los impulsos de aquella, las reglas ni las formalidades justamen-



te prevenidas para la abundancia de los días, y para las horas dichosas de la amable tranquilidad: y nadie dexará de conocer á excepcion de los Franceses y sus sequaces, que sin ellas fue muy justo y muy acertado el acuerdo, y la general determinacion de los Españoles en medio del espantoso ruido, y de los veloces movimientos de la revolucion. Todas las prevenciones dictadas para los negocios populares son dirigidas á examinar la verdadera voluntad de los interesados. Si algunos se anticipan á publicarla y todos se prestan á obedecerla ya son aquellas tan inútiles como impertinentes. La voz acorde ó la mas comun que llega á recibir el sello de la obediencia general de todos, lleva consigo las solemnidades, la autoridad, y la fuerza de las leyes. Estas voces de la gran masa de los pueblos han formado Imperios, Monarquias, y otros gobiernos, cuya legitimidad fue respetada en muchos siglos. La de los españoles, como quiera que se produgese, fue cumplimentada, y comunmente obedecida, sin que tuviese otra reclamacion que la de los franceses. Esto basta para canonizar su legitimidad, y para ponerla a salvo de las murmuraciones de nuestra emulacion. No hay que denerse en buscar leyes, que la justifiquen, ni que la reprueben; porque á la sazón no regia otra, que la de la voluntad mas comun, y mas general de la nacion, publicada universalmente y con aplauso en las extremidades, y en el centro de la Peninsula, y en las plazas de sus poblaciones.

Tratemos ya del desacierto tan vulgarizado de las operaciones de los gobiernos provinciales que en el concepto de los agraciados por el anterior forjaron la cadena de nuestras desgracias y se hicieron odiosos á los ignorantes. Aquellos juraron primeramente la obediencia al soberano que proclamamos, y la defensa general de nuestra patria: ellos desbarataron al instante el injusto, y fatal muro, que nos separaba, y nos hacia enemigos de la gran Bretaña: ellos procuraron y consiguieron su amistad, y sus primeros auxilios: ellos adelantaron la noticia de la universal proclama de nuestro Rey, de nuestra independenciam, y de nuestro nuevo y nacional gobierno á las Américas y á las Indias; y pre-

vinieron los inmensos daños que nos hubieran causado las venenosas, y fraudulentas órdenes dispuestas en Bayona: ellos reunieron la juventud, y arreglaron con el órden posible mas á numerosas de combatientes, que mezclados con nuestros veteranos supliesen la falta lastimosa de éxercitos disciplinados: ellos conservaron la piedad religiosa, la tranquilidad pública, la observancia de las leyes, el órden judicial en los tribunales, y la recaudacion, y administracion de las rentas del estado: ellos entablaron sistemas de instruccion y de adelantamiento en el arte de la guerra: ellos alentaron los pueblos, y excitaron su liberalidad en los grandes donativos y á las contribuciones extraordinarias que facilitaron: ellos lo invirtieron todo en la formacion, y subsistencia de nuestras tropas, y en los medios precisos para nuestra defensa: ellos consiguieron la satisfaccion mas lisonjera, y la mas agradable que todos tuvimos de ver á nuestros enemigos vencidos, huyendo hasta la barrera del Ebro en que se refugiaron: y ellos por último se desnudaron heroicamente, sin que los pueblos, ni otra fuerza les obligase á hacerlo, de la soberanía que exercieron, para reconcentrarla y facilitar por este medio, el mejor y el mas útil desempeño de sus funciones, en beneficio de la Nacion y de la guerra tan felizmente principiada.

¡Que mas pudiera haberse hecho ni conseguido en el corto espacio de quatro meses con la unidad, y abundancia de sabiduria del gobierno de un Monarca, ni con la conferencia y acertada resolucion del de una república bien establecida! Desnudémos ya nuestra fantasia de las ilusiones que la engañaron. Las Juntas provinciales mientras tuvieron la soberanía desempeñaron la confianza de los pueblos con admirable uniformidad, y con un conocido acierto en los puntos mas interesantes á nuestra defensa, y al buen órden del estado.

De menos importancia fueron las disposiciones en que mas se ponderaron sus errores. Se figuraron intolerables, y de muy fatales consecuencias la creacion impertinente, y nada necesaria de nuevos cuerpos militares, la graduacion poco merecida de gefes, y oficiales antiguos; la colocacion en esta clase de paisanos ig-

norantes del arte de la guerra: y la vanidad de trages, y tratamientos, con que sin motivo quisieron distinguirse los vocales de las juntas. En la murmuracion de estas especies se emplearon la envidia, y ambicion de los españoles bastardos, y mal contentos, abultando perjuicios, y publicando agravios, que solo existieron en el único taller de sus pasiones.

Muy escasos fueron nuestros conocimientos, y las ideas políticas del nuestro estado, quando dimos algun mérito á estas sindicaciones. Ignorábamos al parecer los puntos que á la sazón ocupaban nuestros enemigos, y que desde ellos amenazaban igualmente á todas nuestras provincias: no sabíamos la escasez de las tropas que teníamos en la Péninsula, ni que el reemplazo de sus cuerpos sería insuficiente para contrarrestar las fuerzas que sobre nuestro suelo mandaban entonces los franceses, y mucho mas para resistir las que debían esperarse despues de la declaracion de nuestra guerra: no veíamos la dificultad de reunir nuestros pocos soldados y establecerlos en los parages que pudieran sernos mas interesantes: no reflexionábamos tampoco que la angustia de los dias, y la situacion de nuestros enemigos no permitian la dilacion, ni el tránsito preciso, para remitir reemplazos de unos territorios á otros; ni que la respectiva independencía de las provincias, y los fundados recelos que tenían todas de su próxima invasion, no daban lugar á que se trasladasen los jobenes de unas á otras, para alistarlos en los Regimientos veteranos: por último desconocíamos del todo el sistema de una verdadera revolucion, y la repugnancia de esta con la observancia general de los establecimientos anteriores! ¡Miserable inadvertencia! ¡Quantos daños nos ha causado nuestra ignorancia!

Fatal hubiera sido nuestra suerte si hubiéramos fiado nuestra defensa á los pequeños, y separados trozos de nuestra muralla militar antigua, aunque tuviesen toda la firmeza, y toda la perfeccion del arte. Ellos ciertamente nos dexaban en descubierto por muchas partes, y era preciso cubrir estas grandes brechas con atrinchamientos que contubiesen el primero y el mas violento furor de nuestros enemigos. Al intento amontonaron con

velocidad las juntas quantos materiales hallaron, y sin detenerse en su cabal pulimento, ni en las medidas exáctas y escrupulosas, que no permitia la cortedad del tiempo, forjaron prontamente con crecido número de batallones unos muros, y unos nuevos baluartes, cuyo espesor, y gran tamaño pudiese suplir la falta de aquella fortaleza, que en mejores dias se hubiera conseguido, á menos costa, con el órden, y con las reglas prevenidas en la materia.

Reunida á un mismo tiempo con tan urgente necesidad, y con tan justa causa toda la juventud de la Nacion, ó la mayor parte de ella en las capitales libres de sus respectivas provincias, y no permitiendo las circuntancias ni aun su crecido número la aplicacion al reemplazo de los cuerpos militares veteranos no pudo haber consejo mas acertado, que el de la formacion de otros nuevos, en los quales reciviése aquella la instruccion posible y mas indispensable, para evitar la confusion en las marchas, y en las evoluciones, y para facilitar de algun modo el manejo de las armas. Estas tropas tan visofias ya unidas y ya separadas de las veteranas, se hicieron desde luego, y han sido despues respetables, y aun temibles á nuestros enemigos. Diganlo por todas las que se hallaron en Baylen, las que se dirigieron al principado de Cataluña, y las que existen en Navarra: los batallones nuevos han hecho en todas partes lo mismo que los antiguos: la suerte adversa de los unos, y de los otros no ha dimanado de la falta de su firmeza ni de su pericia, sino es alguna vez del acaso; las mas de la inferioridad de su número y otras de la discordia, y de la torpeza de sus gefes, y de sus generales. Notoria, y demasiadamente sensible nos ha sido esta última verdad, y que con la difamacion de los subalternos y de los soldados han cubierto aquellos sus errores, y han conseguido premio en lugar de un exemplar castigo.

Los regimientos, y los batallones de nueva creacion no se encargaron por lo comun al mando ni á la direccion de los paisanos, sino es al de militares de graduacion proporcionada que ya retirados ó ya con licencias temporales se hallaban en las provincias en que se

había cuerpos veteranos, y al de algunos, que hallándose en estos, se prestaron á admitirlos. En la colocacion de ellos obraron las juntas por la presuncion general de pericia, que tenían á su favor, sin embargo de que sabian que tanto en las artes como en las facultades fue siempre mayor el número de los profesores ignorantes, que el de los instruidos; y que los mismos títulos, y grados que justamente publican la suficiencia de algunos, cubren la escasez de conocimientos, y aun la estupidez de otros muchos.

La oficialidad antigua no fue suficiente á llenar todas las plazas que exigía la nueva creacion de tropas; porque al número crecido de estas se añadía el grande inconveniente de la resistencia de los mismos oficiales de cuerpos veteranos que en quanto alcanzaron sus arbitrios se negaron á admitir colocacion ventajosa en los recientes, que llamaban revolucionarios. Sin riesgo de engaño puede asegurarse, que el miedo al torrente impetuoso de los pueblos, suavizado con el aliciente de las gracias, que dispensaban los gobiernos, fue el que obligó á los mas de aquellos á la admision de sus nuevos encargos. Todos creyeron que estos eran fantásticos, y tan momentaneos é inconstantes, como por lo comun han sido las mas veces las commociones populares. Les pareció mejor, como mas estable, la graduacion y la fortuna de sus respectivas clases dentro de sus cuerpos, que las medras en su opinion imaginarias, y fugaces, con que se les convidaba, para el establecimiento de otros.

Así resistieron tenazmente muchos oficiales, y aun arguentos el separarse de sus regimientos y batallones: y así fue preciso entonces suplir con paisanos la falta de militares; pero no se obró con tan poco conocimiento en la eleccion de aquellos, que no se procurase la proporcion mas adecuada al desempeño, y á la responsabilidad de los destinos. Todos estos hechos fueron notorios, y no habria acaso un militar, ni un paisano que los negase, si la emulacion no nos privara de la ingenuidad con que debemos confesarlos.

Al paso que se descubrieron las congeturas, y que fueron creciendo las ideas de estabilidad de los nuevos cuerpos militares, fue despertando tambien, y adquirien-

do mayor fuerza, el arrepentimiento de los veteranos, con el grave pesar de ver en sus graduaciones á los que pocos días antes mandaban como á inferiores ó á los que no eran ni aun soldados. De este principio nació la envidia; que abrigó las sindicaciones de nuestros enemigos, y abrió la puerta á la discordia en la oficialidad de nuestros ejércitos. Los veteranos han ponderado los recomendables efectos que produce la experiencia de que carecían los visos: y estos han manifestado el menosprecio de toda práctica que carece de principios de que suponen vacíos á los mas de aquellos. Siempre quedará problemática la cuestion entre oficiales antiguos, y modernos; pero los despreocupados confesarán con lisura, que tanto en unos como en otros ha habido buenos y malos: que entre estos últimos son peores los mas envejecidos en los defectos, como menos dóciles para enmendarlos; y que las circunstancias no permitieron á los gobiernos provinciales el exámen ni la segregacion que tan interesante nos hubiera sido de aquellos militares inútiles, que solo eran polillas abrigadas con sus uniformes para consumir en ocio, y á su salvo los fondos del estado.

La liberal, y aun pródiga concesion de las graduaciones y de las mas altas y estimables dignidades de los ejércitos fue obra de la necesidad, y del mas estrecho apuro, en que nos pusimos con la repentina é imprevista declaracion de nuestra guerra; pero obra que accidental ó cuidadosamente se enlazó con la política mas recomendable, y mas adecuada á las circunstancias de aquellos dias. Bacilaba en su obscuridad la opinion de algunos españoles, y de no pocos oficiales, y gefes, que sobre sus ideas del estado de nuestras fuerzas, veian ya al lado de los enemigos á otros gefes y generales respetados en la Nacion por sus conocimientos y por sus colocaciones. Era muy temible el pernicioso efecto de tan eficaz, y mal exemplo: y que aun que no le siguiesen todos, se inclinasen muchos militares al sistema fatal de la indiferencia, hasta que los sucesos les indicasen la senda mas segura para la continuacion de su carrera; porque si la suerte desgraciaba el éxito de nuestra empresa en los primeros combates, no solo su-

fian los peligros comunes de las armas sino es tambien la nota infamatoria y la pena debida á los rebeldes.

Convenia prevenir un daño tan verosímil, y de tan lastimosas consecuencias; pero no devia fiarse su remedio al material y violento impulso de la fuerza. Conocieron los gobiernos provinciales, que esta dexaria siempre libre el ejercicio de la voluntad en los oficiales y en los gefes: y que sin la de los unos y los otros, no podia hacerse la guerra, ni resistirse el torrente impetuoso de los enemigos. Debia buscarse otro estímulo, que envuelto entre ideas alhagueñas y apetecibles, se introduxera sin violencia en la fantasia, y en el corazon de todos y produxese la mas seria resolucion de sostener nuestra independendia, aunque fuese á costa de los mayores sacrificios. No pudo hallarse alguno mas proporcionado ni mas vehemente que el natural de la ambicion á los honores, y del apego á los intereses individuales. Este ha sido en todos tiempos el primer movíl de las empresas arriesgadas, y este fue el que pudo en la época primera de nuestra justa revolucion, en que tanto abundaban los rezelos contra nuestro poderío, y contra nuestra constancia, alejar de los reflexivos la consideracion de tamaños riesgos, como en aquella sazón nos rodeaban, para colocarse descubiertamente en el partido de los buenos españoles y mandar sus tropas al frente de la de los enemigos.

Fueron no solo ventajosas sino rigorosamente necesarias en los dias tempestuosos de nuestros primeros esfuerzos las graduaciones de los militares, y las colocaciones de otras personas, que prestasen directamente sus servicios en obsequio de la Nacion, y para el mejor exito de la guerra. Es verdad que de los graduados y de los nuevamente provistos resultaron muchos inútiles, y algunos contrarios á nuestras ideas; ¿Pero á quantos se ha dado un acierto general en las elecciones? ¿Que tiempo hubo para examinar el sistema interior ni el mérito de los que ya se hallaban adornados con uniformes, y de los que se llamaban españoles? Si alguna vez pueden disimularse los errores, no se hallará ocasion mas oportuna para su indulgencia, que la época primera de nuestra justa revolucion.

Es preciso permitir todo lo que era consiguiente á la debilidad general de los hombres, y al lastimoso estado de nuestras costumbres. Entre nosotros se hallaba arraigada la ignorancia; y los errores tenían corrompidas las partes mas nobles, y mas sustanciales de nuestra masa. En los primeros impulsos, y estremecimientos de esta, para sacudir sus males no pudieron distinguirse muchas de aquellas que abrigaban el contagio; porque envueltas, y mezcladas con las sanas, seguian el movimiento comun de todas; y los colores de su exterioridad no diferenciaban las unas de las otras. Hubiera sido portentoso y distaria muy poco de un milagro, su cabal discernimiento en medio de la turbacion, y de las convulsiones que nos sacaron del letargo.

No fue posible entonces ni despues ha sido facil hallar lo que queriamos, á lo menos con la abundancia y con la generalidad que necesitabamos. La sabiduria, el valor, y el desinterés son prendas poco comunes: separadas carecen de estimacion, y unidas merecen mucho aprecio, pero nunca tienen todo su valor sino se hallan engastadas en la pasta de la providad. Por desgracia era esta muy escasa, y aquellas bastantemente raras; de consiguiente lo habian de ser tambien los hombres completos en todas las clases, y para todos los destinos. Sin embargo no fueron tan desgraciadas las elecciones de los gobiernos provinciales que dexamos de hallar en ellas muchas personas de bastante suficiencia, para el cumplimiento de sus deberes; aunque fallase su juicio en otros muchos, que los hayan abandonado por ignorancia ó por refinada malicia; Y sindicaremos la eleccion por los defectos posteriores de los elegidos!

Las condecoraciones de las Juntas provinciales, los uniformes y los tratamientos que se atribuyeron sus individuos, ofendieron eficazmente la delicadeza de nuestra vista, y aquel sentimiento no dexa de mortificar todavia nuestra memoria. Pudieron, decíamos entonces, y repetimos ahora; desempeñar las funciones de la soberania que les confiamos por eleccion ó por reconocimiento sin la vanidad, que descubrieron con el uso de aquellas exterioridades, que les representaban de esfera muy superior á la que disfrutaron antes: su mo-

deracion hubiera merecido mejor nuestro respeto, y les hubiera librado de la murmuracion que se atragaron. Pero hablemos con lisura, y preguntémosnos para responder con indiferencia: ¿Nuestra sindicacion fue hija de nuestra envidia ó de un sincero amor al órden y á la justicia? ¿Nuestro interes se cifraba en que algunos pocos centenares de hombres vistiesen de uno y otro modo, y tuviesen este ó aquel tratamiento? ¿Las condecoraciones de los gobiernos provinciales estorbaron el seguimiento de nuestra causa y las medidas oportunas para su defensa?

Dexemos á un lado la preocupacion, y confesaremos sencillamente la verdad. Nuestras sindicaciones en la materia de trages y tratamientos, fueron tan equivocadas como impertinentes. Demos una ligérisima ojeada sobre nosotros mismos, y sobre la organizacion política de todas las sociedades, y hallaremos al momento el desencanto de nuestros errores. La naturaleza iguala á los hombres en el ejercicio de sus primeras y mas precisas funciones, pero sin embargo distingue á muchos con diversas prerrogativas ya corporales, y ya intelectuales, haciéndolos por ellas estimables á todos y superiores á los que no dispensa iguales gracias. En el órden social fue necesaria la graduacion de clases desde la última de las inferiores hasta la independiente, y suprema de la soberanía; y como ninguna de ellas hubiese por la naturaleza una marca especial, que la distinguiese de las otras, fué tambien preciso el establecimiento de señales exteriores, que las diferenciarian entresí, y que dieran un conocimiento público de ellas, tanto para el ejercicio de sus peculiares atribuciones, como para la indicacion del respeto, con que debieran ser tratadas.

De esa necesidad, y de aquella que induce la justicia para el premio de la virtud sobresaliente, han dimanado las condecoraciones establecidas en todos los siglos, y en todos los gobiernos; y de las mismas causas procedieron quantas hemos conocido en nuestro reyno, ya patrimoniales y hereditarias por costumbre ó por privilegio: y ya personales, como anexas á los empleos, y concedidas á los individuos de algunas corporaciones. Limitando nuestra reflexion á las personales aplicadas á

los destinos, hallaremos que por las funciones mas ó menos importantes de su peculiar ejercicio, y por su distancia ó proximidad á las de la soberanía, se graduó en justicia la distincion de sus condecoraciones; y que todos los hombres, que por mérito, por suerte ó por fortuna han obtenido algun empleo de particular uniforme, y tratamiento, aunque haya sido el mas alto y recomendable despues del del Monarca, y del de su Real familia, lo han usado libremente, y sin la menor censura de los demas, que solo han murmurado de la injusticia de la provision, quando no ha sido conforme á sus ideas.

Los gobiernos provinciales, aunque nuevos y desconocidos hasta la época de su establecimiento, debieron ocupar un lugar, y una determinada clase en el órden político del estado. Ellos fueron obedecidos como verdaderos depositarios de la soberanía; y exercieron con toda independencian, y con toda la amplitud de sus poderes la autoridad suprema de la Nacion á nombre del Rey ausente: y ellos en conformidad de los principios mas sólidos, y de las máximas generalmente adoptadas, no pudieron dexar de constituir una gerarquía superior á todas las otras que mandaron. La dignidad de los individuos de tan altos, y respetables cuerpos hubo de ser conforme á la elevacion, y al poderio de estos; ya se juzgue por la razon ó ya se atiendan los exemplos; Qual pues fue la causa de nuestra murmuracion sobre sus trages, y tratamientos? No es nuevo ni singular el tránsito repentino del estado comun á la condecoracion mas sublime; pero como quiera la de aquellos fue consiguiente á la colocacion que les concedimos por nuestra eleccion ó por nuestra obediencia. Y si estimamos preciso ó por lo menos util su destino, para nuestra comun defensa y ellos lo aceptaron con los riesgos que envolvia, y nos facilitaron los primeros pasos de nuestra libertad; Con que justicia quisimos degradarlos, despues que su actividad, y su celo mejoraron nuestras esperanzas? ¿Por qué censuramos el uso de aquellas sefiales, que indicaban su dignidad? Confesemos, pues, que no usurparon con injusticia, y sí admitieron con legitimidad las condecoraciones que usaron.

Tales fueron las obras de las Juntas provinciales: y tales fueron tambien nuestras comunes, y repetidas murmuraciones. No se han recordado aquellas ni estas, para hacer la defensa ni apología de sus gobiernos, ni para escusar á estos de equivocaciones ó fuesen errores en los negocios de todas sus atenciones, ni por último para justificar la conducta individual de los que los compusieron; porque son inseparables de los hombres las propensiones comunes de la naturaleza, y consiguientes á ellas los defectos mas ó menos graves en el desempeño de sus respectivos deberes.

Unicamente se ha procurado hacer palpable con aquel recuerdo, que si las primeras Regencias de la soberanía Nacional, que tuvieron que abrir nuevos caminos, para dirigir nuestra defensa en los dias mas oscuros y borrascosos, por medio de los infinitos escollos y malezas, que nos rodeaban y que carecieron de tiempo, para tomar medidas exáctas, para hacer combinaciones practicas, y para formar calculos adecuados, que pudieran librarles del desacierto, desempeñaron, sin embargo, fiel y ventajosamente la potestad que les conferimos; y no dieron motivos suficientes para nuestra desconfianza, ni para las detracciones, con que las afeamos, ninguna causa justa pudimos tener para desconfiar, ni para quejarnos de las providencias y disposiciones de los gobiernos posteriores.

Debimos respetarlas como acertadas, sometiendo la razon de nuestros escasos conocimientos á la instruccion y sabiduría superior de aquellos; ya porque la aptitud, y la pericia de las personas que los compusieron fue calificada con un maduro exámen, no por el vulgo, sino és por los hombres ilustrados que nos dirigieron: ya porque en ellos fue reducida á su unidad la soberanía de todo el reyno, y cesaron los inconvenientes que ofrecia su division: ya porque hallando como estaba planteada la obra y establecidos los cimientos de nuestra independencia fue menos arriesgado y mas facil continuarla hasta su perfeccion: y ya finalmente porque apaciguados los movimientos interiores de los pueblos, pudieron aquellos dedicarse del todo, como lo hicieron, á mejorar el estado de nuestras àrmas y á reglar el polí-

tico de la Nación.

Estas fueron las únicas atenciones del gobierno central, cuya instalacion aplaudimos, y por cuya extincion despues clamamos. El exito de las acciones Militares dependiente mas bien de la suerte, y de una muchedumbre de causas inmediatas, que de las disposiciones y providencias del gobierno, fue el que turbó nuestra primera, y justa confianza, y el que enlazó equivocadamente nuestras ideas con las de los enemigos y sus auxiliantes. Adoptamos ciegamente los sofismas con que éstos nos deslumbraron, y no conociamos la razon, ni vimos la estimacion de las obras con que aquel procuró siempre la felicidad del estado.

Recordemos al por mayor algunas de ellas. Al gobierno central debemos la perfeccion de nuestra alianza con la gran Bretaña, que tanto beneficio nos ha dispensado, para el mejor exito de nuestra causa: el mismo gobierno señaló á las provincias, y sus respectivas juntas los limites de su autoridad, para cerrar las puertas á los males de la anarquía: él reunió como era justo el sistema de Administracion de la hacienda pública: él distribuyó nuestras tropas en tres exercitos principales que así por el centro como por derecha é izquierda pudieran hacer frente á los de nuestros enemigos: él cuidó de la abundancia de los alimentos y subsistencias de aquellos: él les proveyó de generales de opinion y no se detuvo en relevar á los que despues resultaron inadecuados para aquellos mandos: él dió muchas providencias generales, que como justas, han merecido observancia en los tiempos posteriores: él determinó la celebracion de las Cortes generales, señaló el número y calidad de las personas, que debian componerlas, regló la forma y método de su eleccion, y previno su convocacion al tiempo oportuno: preparándonos así, ya que no pudo facilitarnos de pronto los beneficios, que nos ha dispensado y recibimos de nuestro augusto congreso Nacional: y él por último, prevenido de la inclinacion de los pueblos á el gobierno de una Regencia, la nombró, y le trasladó su soberanía.

En aquella, y en los posteriores, cuyas elecciones tambien aplaudimos y despues murmuramos, no hubo

otras ideas ni otro objeto que el mas interesante de sostener nuestra independencia, y facilitar nuestra felicidad. Somos en verdad independientes; y sino hemos llegado todavia à ser felices, conozcamos, que no es posible conseguir este beneficio en medio de una guerra tan sangrienta, y desastrosa como la que sufrimos. Conozcamos igualmente que si nuestros gobiernos no han tenido un acierto tan general como quisieramos en todas sus providencias, no es facil hallar aquel entre los hombres mas sabios, y mas bien-intencionados, principalmente en negocios tan graves è implicados como los públicos de una monarquia en el estado que hemos llegado à ver la nuestra: y conozcamos finalmente que debemos reprimir los primeros impulsos de nuestro celo, y no arrojarnos à la sindicacion indiscreta de lo que no entendemos, ó de lo que no es del todo conforme à nuestros deseos.

Los exércitos Nacionales, por sí solos en los primeros años, y despues unidos con los de nuestros aliados han defendido nuestra libertad, y nuestra independencia. Por ella han sacrificado sus vidas, y sufrido la suerte de prisioneros muchos millares de soldados, y un gran número de oficiales. A todos han sido comunes las fatigas y los trabajos no interrumpidos desde el principio de la guerra: todos han padecido generalmente en sus repetidas y frecuentes marchas, en sus lineas y campamentos, y aun dentro de los poblados las penosas intemperies de las estaciones, y muchas veces los rigores de la desnudez, y de la hambre sobre las fatales influencias del fuego y del acero en muchos encuentros y batallas.

No hemos estimado sin embargo tan ventajosos, y recomendables sacrificios; porque no han sido bastantes à purificar nuestro suelo, ni à contener la inundacion de nuestros enemigos en aquellos límites à que la redujeron nuestros primeros impulsos. Vanamente creimos entonces la debilidad de los franceses, la superioridad de nuestras fuerzas, y la continuacion de nuestras victorias. Discurriamos sin prevision, y sin conocimientos: y no solo nos han sido mas sensibles nuestros atrasos, sino es que los atribuimos todos à la cobardia, y à la

impericia de nuestras tropas y de los gefes que las han mandado. Así llegamos á desconocer su mérito, á murmurar de sus operaciones, y á desconfiar de todos sus movimientos. ¡Con quanto error hemos juzgado en la materia!

No ha debido ocultarsenos jamas que las fuerzas de los enemigos sobre la península han sido siempre mayores en número que las nuestras: que á el exceso de combatientes han reunido la abundancia y la mejor calidad de sus armas: al paso que las nuestras han sido muy escasas, y la mayor parte de ellas carga inutil y no defensa de los soldados: que aquellos ocuparon nuestras mejores plazas, y colocaron sus exércitos en lo interior del reyno, quedando los nuestros en su circunferencia y extremidades: que así han podido aquellos hacer reuniones y movimientos prontos de sus tropas hacia la parte que les acomodaba, estando impedidas las nuestras de juntarse, y aun de tener noticias de una provincia de las que existían en las otras.

A todas estas ventajas de nuestros enemigos se ha agregado otra incomparablemente mayor, qual es, la de hacer la guerra en suelo ageno. Esta suerte prevenida de ante mano con fraude y unida á la falta de principios de religion, y de humanidad, les ha escusado estorbos, y les ha facilitado la mas pronta execucion de todos aquellos proyectos que para nosotros serían inasequibles. Ellos han tratado como esclavos á los pueblos de su ocupacion, renovando, y aun estendiendo el exercicio de la ferocidad de los siglos más bárbaros, y de mayor ignorancia: ellos no han hallado inconveniente en el sacrificio de millares de paisanos inocentes de todas clases y estados, para asegurar en los restantes el mas exácto y el mas puntual cumplimiento de sus órdenes: ellos no se han detenido en talar ni destruir, ni en apropiarse lo que han querido para vivir con abundancia, y para conseguir la rapidez de sus movimientos, mientras que nuestras tropas sufrían el entorpecimiento de una general escasez, consiguiente á el estado de la Nacion, y á la debida observancia de la religion y de las leyes: ellos en ningun apuro pudieron separarse de sus cuerpos sin acercarse mas á el fatal estremo de su

muerte y muchos de nuestros soldados cayeron en la tentacion de escusarla alexándose de sus banderas, y de los combates: y ellos en fin por nuestra desgracia han tenido muchos españoles apóstatas é indignos de este nombre, que por su ambicion, y por su vil cecicia les han instruidos de nuestros secretos, y les han certificado de nuestras operaciones, sin que haya habido acaso un frances solo que nos haya dado noticia de las suyas. ¡Tanta ha sido la desigualdad de fuerzas, y de proporciones entre nuestros exércitos y los de nuestros enemigos! ¿En que apoyamos, pues, la esperanza de nuestras victorias? ¿Y por qué atribuimos nuestras desgracias á la cobardia de nuestras tropas, y á la impericia de sus gefes?

Olvidemos ya nuestros delirios, se han perdido batallas: es verdad; pero tambien las han perdido los franceses: han muerto muchos de nuestros soldados; pero no es menor el número de los muertos de aquellos: se ha dexado á veces libertad á nuestros enemigos para la extencion de sus ocupaciones sin haber precedido contiendas ni derrotas; pero ellos igualmente sin ser vencidos nos han dexado paso franco para recobrar muchos territorios. Estas vicisitudes son comunes en las guerras, y consiguientes á la reunion casual ó á la anticipada prevision de muchas circunstancias favorables á uno ú otro exército. Oh! si hubieran podido cambiarse las que nos rodean, y haber obrado nuestras tropas en mayor número sobre el terreno de la Francia; quantas hubieran sido sus victorias! ¿Hasta donde hubieran llegado sus conquistas! ¿Qual sería entonces la opinion de los exércitos de España!

Como quiera aunque mucho mas reducidos en número, y en recursos que los de nuestros enemigos, han peleado y sostenido la libertad que disfrutamos, han fortalecido la esperanza de los buenos españoles, han comunicado por todas partes la electricidad del patriotismo con que se formaron y han tolerado con singular paciencia las miserias que hacen menos soportables los trabajos, y la dureza continuada de la guerra.

No es oportuno recordar las acciones ni los respectivos encuentros de cada uno de ellos, ya hayan sido

mas ó menos aplaudidos ó por el contrario sindicados: tampoco es del intento manifestar el distinguido mérito ni la exemplar conducta de muchos gefes, oficiales y soldados, que han cumplido exácta, y aun heroicamente con todos sus deberes; ni sería justo escusar de culpa á aquellos que los han abandonado prefiriendo su interés á el de la patria en grave daño de esta: unos y otros serán acreedores en particular, ó á nuestro aprecio, y aun singular premio, ó á nuestro aborrecimiento, y aun ignominioso castigo. Baste decir que nuestras tropas en general por su valor, por su disciplina, y por su sufrimiento son mucho mejores, y mucho mas recomendables, que las mas celebradas de nuestros enemigos; y que no hemos debido negarles nuestra gratitud, ni ofenderlas con nuestras murmuraciones, ni menos confundir los buenos militares con los malos.

Estos últimos han sido, en verdad, los mas criminosos, y los mas detestables de quantos han ofendido á la Nacion, y entorpecido el éxito de nuestra empresa. No solo son reos del punible y perjudicial abandono de sus obligaciones, y de sus especiales encargos, sino es que por lo comun, para cubrir este delito, le agregaron el de una general calumnia contra la aptitud, y conducta de sus gefes, y contra la liberalidad y patriotismo de los paisanos. Así han venido á ser los principales y mas poderosos agentes de la discordia procurada por nuestros enemigos, difamando las tropas en los pueblos, y malquistando á estos con aquellas: Y en quien sino en estos detestables españoles pudiera haber hallado abrigo la sindicacion del celo, y generosidad de los paisanos?

Los pueblos de espafia deben ser numerados entre los mas nobles y mas heróicos del Universo. Permitase repetir que ellos por sí mismos se levantaron del sepulcro en que les tenía ya colocados la ignorancia, ó la iniquidad de su anterior gobierno: que ellos sacudieron de sí los escombros con que por algun tiempo fueron soterrados: que ellos recobraron su primitivo poderío: y que ellos adoptaron entonces la guerra, haciéndola su hija primogenita, é instituyéndola heredera universal de todos sus esfuerzos, y de todos sus haberes.

Así la han mirado, y así la han asistido, no solo con el amor que induce la naturaleza hacia sus producciones, sino es con toda la vehemencia que engendra una pasión violenta.

Recuérdese aquella muchedumbre casi innumerable de paisanos que por todas partes se alistaron para pelear de qualquier modo que pudieran, sin temer los riesgos de su impericia en el arte, ni los que en todo caso ofrecería la diferencia de sus débiles y mohosas armas batidas con las mas fuertes y mas brillantes de la Europa. Recuérdese tambien la inmensidad de ofrendas y donativos graciosos, con que contribuyeron para mantener aquellas grandes masas, que aunque informes, sorprendieron la arrogancia de los exércitos contrarios; sin olvidar lo que despues han facilitado para el equipo y subsistencia de nuestras tropas.

Traígase igualmente á la memoria la fortaleza con que han conservado su fidelidad los ocupados por los enemigos á pesar del yugo intolerable de su tiranía, y de las continuas atrocidades de que se han valido para hacerles variar de su primer dictamen. Vease la confianza, con que esperan todos el recobro de la libertad absoluta de la Nacion: la alegría con que recibieron á nuestros soldados aquellos que la han conseguido: la liberalidad con que les han socorrido sin embargo de su miseria, y la generosa disposicion con que se ofrecen á contribuir con quanto tengan para la subsistencia de nuestros exércitos.

Nótese la admirable docilidad con que desde los primeros dias de nuestra revolucion han respetado y obedecido ciegamente á nuestros gobiernos, sin cuestionar jamas las ventajas que pudieran producirnos, y que hemos conseguido con sus reformas. Repásense por último, aunque sea á bulto y con generalidad, los hechos comunes y casi uniformes de todos los pueblos españoles, con respeto á la causa nacional, á proporcion de su localidad, y de sus advitrios, y no habrá entre nosotros, ni entre los estrangeros uno solo que dexé de confesar con admiracion la heroicidad, con que aquellos han reunido y exercitado las virtudes principales de la mas sabia, y cristiana filosofía, para defender y para con-

servar la religion y la independendencia de la patria ¿ Con que razon, pues, se han vulgarizado las quejas, y las murmuraciones contra los paisanos?

Ha habido es verdad entre estos, como en las demas clases del estado algunos ó sean muchos desnaturalizados, que por la iniquidad de sus costumbres, por su ambicion desordenada, por el vil apego á sus intereses, ó por el conjunto de estos vicios, y otros no menos detestables, se han decidido partidarios de nuestros enemigos, ó se han versado en nuestra causa con una criminal indiferencia, persiguiendo los unos abierta y descaradamente á sus hermanos, y mirándolos otros con serenidad, y sin la menor compasion las angustias del estado, y las miserias de sus defensores. Justo és que todos clamemos, y que nunca dexemos de gritar contra aquellos y contra estos, como traidores á la patria, y enemigos nuestros; pero no hagamos comunes ni universales los delitos de los particulares: no agraviemos indiscretamente á los pueblos, ni censuremos á otros que á los mismos culpados.

Para distinguir bien á estos en todas las clases y en todas las corporaciones, refrenemos algun tanto la viveza de nuestro patriotismo y la vehemencia de nuestro buen deseo: coloquémonos por algunos momentos en lugar de aquellas: reflexionemos así la capacidad del aliento comun, y la extencion ordinaria de las fuerzas de los hombres, sin perder de vista las circunstancias mas ó menos apuradas para el desempeño de sus respectivos deberes y no nos engañarémos tan facilmente ni juzgarémos criminosa en general la conducta de los que nos mandaren, de los que nos han defendido, ni de los que han llevado sobresi la carga descompasada de la subsistencia de las tropas, y de los demas gastos del estado.

Convencidos ya por una continuada experiencia de los errores, con que nosotros mismos nos hemos acercado al borde del precipicio, fomentando la discordia, y la division procurada por nuestros enemigos, obremos en lo subcesivo con aquella discrecion que exige la justicia: demos á cada qual en su clase lo que en verdad merezca por sus obras: desnudémonos del interes particular y no neguemos á la virtud, donde quiera que

se halle, los tributos de nuestro aprecio, ni los honores públicos que le son debidos; ni por el contrario escusemos con nuestro silencio ni con nuestro disimulo la pena merecida por los desleales á la Nación, haciéndonos encubridores y auxiliantes de sus crimines.

Nuestra compasion, aun en los casos que nos parezcan de poca importancia, puede traernos unos daños de muy graves consecuencias: en las ofensas á la patria no hay por lo comun culpa leve, ni lugar á su indulgencia; todos debemos contribuir á su venganza, y pedir su castigo; pero nuestros clamores no han de ser vagos, ni reducidos á la detestable vajeza de las murmuraciones: lo uno y lo otro nos priva del remedio eficaz, que tanto interesamos; porque la generalidad de nuestras quejas permite, que á la sombra de los buenos, se obscurezcan los delitos de los malos; y las sindicaciones vulgares, ni salen de la esfera, en que se producen, ni sirven de pruebas apreciables al gobierno ni á sus tribunales.

Si llegamos á certificarnos y convencernos de que algunos se desviaron ó viven separados del voto comun de la Nación, y son delinquentes contra ella, apartemos de nosotros todo respeto y toda contemplacion; vistámonos de fortaleza, y descubramos sin rebozo sus delitos á los jueces, que deban conocer de ellos, para que los castiguen en desagravio de la patria.

Seremos traidores á esta, si temerosos de los contratiempos posibles en las vicisitudes frecuentes de la guerra, ó guiados de una compasion femenil, indiscreta, y muy distante de los principios inalterables de la justicia, defendemos de qualquier modo la impunidad de de los que han menguado nuestra gloria y auxiliado de alguna manera la empresa inicua de nuestros enemigos. No deberiamos dudar de esta verdad; pero apesar nuestro la vemos desatendida, y menos-preciada: y que los mismos que han servido á aquellos, obrando contra nosotros, en desempeño de las funciones, puestas á su cargo, disfrutan despues nuestra confianza, en lugar de nuestro aborrecimiento, y de las penas que les imponen las leyes.

Hemos procedido con alucinamiento, y cambiado en

teramente las ideas de nuestra razon. Hemos dado crédito á las imposturas, y hemos aplicado toda la severidad, y todo el rigor de nuestra censura contra aquellos, que han obrado activamente en nuestra causa, y por nuestra defensa: y hemos desatendido la opinion comun, y aun lo que nos ha certificado nuestra propia vista, para usar de liberalidad, y de indulgencia con los que han auxiliado á nuestros enemigos: hemos abultado las faltas leves y graduado por ellas delincuentes á los hijos beneméritos de la patria; y hemos disimulado el crimen atroz de los que la desconocieron y negaron, y aun de sus verdaderos parricidas; Que podremos esperar de estos errores!

Ellos, y los demas de que quedamos advertidos, resisten derechamente nuestra felicidad, y nos alexan el vencimiento de nuestra gloriosa lucha. Para alcanzarlo es tan indispensable la union fraternal de los buenos, comola segregacion de los malos españoles; y no podremos lograr lo uno ni lo otro, sino variamos de sistema; porque nuestras indiscretas quejas, y murmuraciones fomentarán entre aquellos la mas fatal discordia, y nuestro criminal silencio nos envilezerá, y acaso prepara nuestra ruina, dexándonos en la dañosa, y degradante mezcla de los verdaderos infidentes. Conozcamos desde ahora nuestro interes, evitemos uno y otro riesgo, y trasmitiremos hasta los siglos mas remotos la admiracion de nuestros hechos, y de nuestra libertad.

